

NOTAS SOBRE DEONTOLOGIA PROFESIONAL

NOTAS DE FILOSOFIA

P. ALFONSO LOPEZ QUINTAS

A medida que el hombre actual se va haciendo cargo de que la vida humana es un entramado sin solución de continuidad, en el cual la acción más aparentemente anodina gravita por fuerza sobre el conjunto, y viceversa, cobran mayor importancia las ramas del saber que rigen la actitud del ser humano respecto a los demás y a la comunidad en que vive. No se trata en principio, no necesita tratarse al menos, de una clarificación de la conciencia religiosa acerca del llamado *deber profesional*. Aludo, más bien, aquí a un fenómeno previo y más amplio: el descubrimiento del carácter comunitario de todo acto auténticamente humano, dotado como tal de sentido y plenitud. Aun los llamados actos individuales internos, si bien los miramos, encierran una dimensión comunitaria en cuanto pueden ejercer una determinada influencia sobre los demás hombres.

La experiencia nos advierte, y la Psicología actual lo está fundamentando científicamente, que nada se realiza en vano, de modo que el influjo de un ser humano sobre otro es mucho más amplio y decisivo, en intensidad y calidad, de lo que podríamos sospechar en un primer momento.

De ahí el cultivo actual de las llamadas *deontologías profesionales*, que intentan marcar líneas de orientación a quienes desempeñan puestos de responsabilidad en el conjunto social.

Al lado, pues, de la actividad y preocupación estrictamente profesional, todo hombre consciente que quiera estar a la altura de una época tan compleja y, en algunos aspectos, clarividente y sincera como la nuestra debe poseer unas ideas perfectamente claras del alcance social de su profesión y cada una de sus actividades. A la altura de progreso en que nos hallamos nos es fácil ganar perspectiva y ver en bloque—o, al menos, adivinar—la multitud de implicaciones que tiene nuestra actividad profesional, y esta amplitud de visión se traduce en una grave

exigencia que no podemos por causa alguna desatender.

Una de las tareas esenciales del Humanismo actual—no tan sólo, insisto, de la práctica religiosa—radica justamente en poner en forma el sexto sentido de la responsabilidad social de los profesionales, sobre todo de aquellos que ocupan los escalones más altos de la consideración pública.

RESPONSABILIDAD SOCIAL

Tal vez uno de los dos o tres cometidos más urgentes de la formación actual sea suscitar y acrecentar en los jóvenes la capacidad de advertir el alcance del radio de influencia que ejerce cada hombre en su entorno; no sólo las llamadas personas "influyentes", sino todo aquel que ejerce una profesión que tiende a configurar de algún modo el clima espiritual en que se mueven los hombres.

Es de notar a este respecto que en la actualidad, merced a los poderosos medios modernos de difusión e información, las ideas se transmiten con una rapidez y una capacidad de impacto mucho mayor que hace unos lustros. Y a nadie que tenga sensibilidad y sentido del deber puede dejar de asombrarle advertir que en el fondo de toda conmoción social, de todo desplazamiento de ideas, de toda crisis cultural late siempre una idea, un entramado de ideas que han sido formuladas anteriormente en el retiro del pensador.

Es indudable que muy a menudo éste no investiga sino por amor puro a la verdad. Pero a la hora de reseñar los resultados de ciertas actitudes intelectuales, la voluntad por parte de sus cultivadores de mantenerse en un nivel rigurosamente teórico no constituye ni un remedio, ni un consuelo, ni, tal vez, siquiera una disculpa válida. A este propósito

me complace recordar la emotiva estampa del gran físico Otto Hahn, inventor de la fisión del átomo de uranio. Cuando en el campo de concentración en que se hallaba le fué comunicado que la primera bomba atómica acababa de oprimir bajo su terrorífico hongo a una bella ciudad japonesa, costó gran esfuerzo a sus amigos disuadirle de acudir al suicidio en busca de una salida a la desesperación. "Mi vida de investigador—afirmó—no tuvo por fin sino el hallazgo de la verdad de las cosas. Hoy veo que mi existencia carece por completo de sentido."

El drama de Otto Hahn nos impresiona sobremedida porque encierra, sin duda, un carácter patente de símbolo de toda nuestra época. Siglos enteros, épocas enteras, centenares de generaciones de hombres espléndidamente dotados consagraron sus afanes a preparar un futuro incierto, excesivamente arriesgado para no quebrantar la paz espiritual de un ser como el hombre que necesita el amparo como una atmósfera nutricia.

Sin duda alguna, este científico alemán se sentía fracasado, pero no directamente responsable, por no haber tenido una conciencia clara de las implicaciones de su actividad investigadora. Cada día, sin embargo, esta "falta de conciencia" se convierte en injustificada "inconsciencia", porque los medios de información y previsión permiten actualmente al hombre abarcar mucho campo y dominar desde lejos las inflexiones y derivaciones de los procesos que él mismo desencadena. El hombre moderno gusta especialmente de abrir diques a las aguas y exponerse a la seducción del riesgo. Pero—quizá sea hora ya, tras las últimas conmociones mundiales, de consagrar seria atención a la tarea—menos brillante y novedosa, pero inaplazable de volver las aguas desbordadas a su cauce.

Cuando se somete a reflexión, por ejemplo, el hecho de que a la base del movimiento nacional-socialista se hallase una forma de pensamiento filosófico tan unilateral como el vitalismo, nacido aparentemente para exaltar las fuerzas vitales del hombre, no puede uno menos de sobrecogerse al exponer en público la idea a primera vista más inofensiva. Autores vitalistas como Nietzsche y Klages consiguieron formas espléndidas de expresión, consecuentes a modos de pensamiento brillantes, cargados con esa peligrosa energía que libera la disolución de formas naturales. Pero, no mucho tiempo después, a instancias de la lógica implacable de las realidades espirituales, sobre el continente que había admirado sus éxitos publicitarios se abatió la mayor ola de adversidad que había conocido en su no breve y ajetreada historia. Quienes, de un modo o de otro, deciden la marcha del pensamiento, en sus múltiples facetas, debieran pensar que tienen en sus manos una energía de alcance insospechado que sólo desde lejos—a modo de Apolo—se puede domeñar.

El ejercicio de la vida profesional debe ir inspirado y presidido, pues, por una conciencia extraordinariamente alerta de la gravedad que encierra toda decisión intelectual en orden al bien común, que no puede ponerse en peligro para satisfacer las más instantes exigencias del egoísmo personal o la ambición de triunfo. Porque ya no estamos en situación de admitir el concepto limitado de *profesión*, pues la experiencia y la teoría misma nos han hecho ver las derivaciones e implicaciones *humanísticas* de toda actividad profesional.

EJEMPLOS CONCRETOS

Si hiciese falta bajar a la arena de los hechos concretos podríamos tomar como ejemplo las graves consecuencias que implican ciertas orientaciones que está siguiendo en la actualidad el arte sacro. ¿Hemos pensado alguna vez en las repercusiones espirituales que tiene el hecho de imponer una determinada concepción estética a la hora de crear ámbitos religiosos consagrados a la práctica cultural? A poco que reflexionemos sobre ello, convendremos fácilmente en que no es lícito, de modo alguno, dejarse mecer por el halago que procuran los primeros éxitos logrados merced a la conmoción provocada usualmente por lo insólito y disarmónico. A fuerza de tiempo, lo cotidiano acaba por parecer *banal*, pues se confunde lo *armónico* con lo *obvio*. De hecho, es muy frecuente observar en los pensadores y artistas un afán violento de fidelidad a sí mismos, que no es, en definitiva, sino una forma de enquistamiento en una primera posición halagada por el éxito. Esto se advierte al comprobar la tenacidad con que a veces se mantienen en la línea inicial, a pesar de las poderosas razones que les invitan enérgicamente a alterar la dirección de su actividad intelectual o artística. Pienso a este propósito en nuestro Miguel de Unamuno, cuyo inédito *Diario* ofrece, a lo que he podido ver a través de fragmentos, perspectivas mucho más amplias que su doctrina escrita. Pero se da el caso que, a todas luces, la integración de estos nuevos horizontes en su obra destinada al público hubiera comprometido seriamente la línea de pensamiento que le había grangeado nombre y prestigio internacionales.

Por lo que toca a las consecuencias inmediatas de las corrientes más avanzadas del Arte Sacro, pienso que éstas no soportarían el peso de una revisión profunda a la luz de las exigencias de la Antropología actual y, menos todavía, de la Teología mejor elaborada. Muchos arquitectos y estetas se han propuesto aligerar el clima excesivamente sobrecargado e inauténtico del Arte Sacro de los últimos decenios. Este propósito no merece sino plácemes, porque la dignidad de lo sacro exige, ante todo, una reverente sobriedad. El espacio sacro debe estar suficientemente despejado; para desplegar con la de-

bida soberanía sus internas implicaciones expresivas, las imágenes requieren un ámbito de amplitud correspondiente a su significación; el altar tiene una interna exigencia a ocupar un lugar destacado que polarice las miradas y la atención de los fieles. Esto es perfectamente obvio, y no hay necesidad de defenderlo con una pasión que desorbite las cosas. Pues lo decisivo es advertir que si la sobriedad aneja a la esencialización degenera en desmantelamiento, la tendencia a un arte más puro no dará lugar a actitudes humanas de plenitud, sino de mudez expresiva, con su correspondiente secuela de empobrecimiento espiritual.

A pesar de la impresión de lozanía y fresca luminosidad que producen muchas iglesias actuales, construídas al amparo de las modernas técnicas de aligeración de los materiales, muy a menudo no hacen éstas sino ocultar la idea fundamental de que el Cristianismo vive de la plenitud de la Resurrección de Cristo, en clima festivo de Pascua. Porque en el espíritu del hombre—ser nacido para soportar altas presiones de comunicación—la luz y libertad verdaderas no brotan al mero conjuro de climas despejados, bien abiertos a la maravilla siempre nueva de la claridad solar, sino en la densa plenitud de la *intercomunicación personal*, de la cual las imágenes sagradas son símbolo nato y expresión cumplida. Hoy que tanto se habla del retorno a las fuentes y al espíritu primigenio del Cristianismo se olvida con excesiva frecuencia el carácter expreso de reunión comunitaria con que aparecían las imágenes en las iglesias primitivas, con sus largas teorías de santos agrupados en santa comunidad, sin robarse mutuamente el espacio, ese espacio que reclama obsesivamente el individualismo moderno por su carencia de verdadero espíritu comunitario, que florece en el amplio horizonte del amor y mutua comprensión.

Nunca con más energía que aquí debe evitarse el grave error de confundir la *libertad* con el *desamparo*, la *infinitud* con el *vacío*, la *tristeza* con la *melancolía*, que es nostalgia de horizontes ilimitados, y recordar que en el nivel humano el gozo nace únicamente de la sensación de plenitud que sigue a la comunicación, o, dicho con más rigor, a la vinculación que se establece entre los hombres cuando éstos se unen al fundamento radical de toda verdadera unidad: el Ser Supremo.

El fin, por tanto, del Arte Sacro, visto en su totalidad, es lograr que el cristiano se sienta en comunidad, en la santa comunidad de los hijos de Dios, los que militan todavía en la tierra extraña del peregrinar mundano, los que se hallan en la situación penúltima de la etapa purificadora, y, no en último término, los que pertenecen ya para siempre a la comunidad de los hijos de Dios. En las iglesias católicas hubo, en otras épocas, profusión de imágenes de ángeles y bienaventurados, así como de almas

en período de purificación, aparte naturalmente de las sacrosantas del Salvador y su Madre. Estas imágenes, a menudo arracimadas—como en ciertos lugares destacados del Románico—, tenían el sentido primario de fundar un *clima de comunidad*, donde la adoración al Padre común cobraba un sentido plenario.

Ahora bien: ante muchas de las realizaciones actuales, con sus ámbitos desangelados, inevitablemente fríos, convendría preguntarse con toda seriedad si hay alguna poderosa razón antropológica o religiosa que aconseje o permita despojar las iglesias de este sentido comunitario, o si se trata sencillamente de impotencia por parte de ciertos arquitectos actuales para resolver los no fáciles problemas que plantean las imágenes a la estructuración del ámbito sacro. Porque no hace falta insistir demasiado en que no basta procurar orientar hacia el altar la mirada de los fieles o agrupar éstos en torno al mismo para conseguir un clima comunitario. El hombre se siente en comunidad con los demás cuando se halla en *comunidad de marcha* hacia Dios. Es una forma de vinculación *dinámica*, de la cual sólo nos da una imagen exacta y directa la visión conjunta de quienes nos precedieron en la fe y en la comunidad del amor. No se olvide que todos los sacramentos son formas distintas de *encuentro*, como lo es la revelación divina a través de la palabra santa de las Escrituras, sobre todo de la Palabra misma de Dios, el Verbo encarnado. Y el Universo entero, según San Pablo, está en marcha esforzada hacia el Creador, para cerrar el círculo de amor que da origen y sentido a todo lo creado. ¿Qué misteriosas y ocultas razones nos llevan a prescindir en la creación de ámbitos religiosos de cuanto nos trasmite una idea viva y plena de comunitariedad?

Aparte de éstas y otras graves consecuencias espirituales que entraña la forma de orientación estética a que aquí aludo piénsese en las implicaciones económicas y profesionales que entraña respecto a los mil y mil artistas y artesanos que despliegan su arte al servicio de los ámbitos sacros y celebraciones culturales. Naturalmente, estas consecuencias no deben, de por sí, constituir un freno a la libre inspiración del renovador de formas y estilos artísticos. Aludo a ellas tan sólo para dar una somera idea del cúmulo de resonancias que suscita cualquier cambio radical en la mente del hombre.

En números sucesivos, y en el espacio de una subsección abierta en esta sección de Filosofía, aludiré a diversos temas deontológicos de gran importancia para arquitectos. Es una tarea por la que siente el mayor interés quien rige actualmente los destinos del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, cuyo órgano oficial es esta Revista. Mis notas no implicarán en modo alguno y en ningún caso—lo subrayo enérgicamente—la menor intención de reproche o censura, sino una voluntad de meditar en alto sobre temas de interés común.